

La parte dedicada a “Las mujeres y el trabajo” es también una contribución fresca a la historia social del país y, en particular, a la historia de las mutantes representaciones de lo femenino a lo largo del siglo XIX, aquí enriquecidas por las visiones que surgen del universo laboral y de sus clasificaciones. Las referencias a la vagancia femenina resultan particularmente interesantes, entre otras cosas porque la prostitución no es mencionada en ninguna instancia —ni en ninguno de los estudios—, como categoría profesional socialmente tolerada, si no admitida, ni como ejercicio de un tipo específico de vagancia y, ciertamente para la época, de “malas costumbres”.

*Trabajo, ocio y coacción* es una importante contribución a la historia social de las clases trabajadoras urbanas latinoamericanas y de los entornos sociales y políticos en que se dio su desarrollo y transformación en la segunda mitad del siglo XVIII. Su vertiente comparativa será con toda certeza un estímulo para ampliar a otras situaciones coloniales del continente la reflexión en torno de los embates entre la modernidad, mal definida e insegura, que se constituye en el seno de las reformas borbónicas y la cultura de las clases subalternas del Antiguo Régimen. Los estudios aquí contenidos levantan un conjunto de cuestiones de gran relevancia y aventuran hipótesis imaginativas y bien construidas que pueden

servir como la base necesaria para un ejercicio comparativo de mayor amplitud.

Guillermo Palacios  
El Colegio de México

Gérard Béaur, *Histoire agraire de la France au XVIII<sup>e</sup> siècle*, Francia, Éditions SEDES, 2000, 320 p.

**E**l libro de Gérard Béaur se inscribe en una práctica arriesgada de la disciplina, la de las grandes síntesis que por lo menos tienen dos enormes riesgos: en primer lugar, la de escapar a las regionalizaciones y encuestas en ruta, y en segundo, la de privilegiar la información general a la profundización. Sin embargo, el autor sale bien librado de estos riesgos ya que, al primero, responde basando sus análisis globales en un pormenorizado recuento del mapa de la investigación regional y lo inserta en un plan general donde los propietarios, las prácticas colectivas, el campesinado, la explotación, la productividad, la producción, los impuestos, los precios, los ingresos y las coyunturas son las piezas que arman el rompecabezas general que tiene como objetivo el estudio de la economía rural de las sociedades cam-

pesinas en un largo siglo XVIII que el autor estudia hasta 1815. Al segundo responde dando cuenta de la multitud de los descubrimientos efectuados y de las dudas que permanecen; hace una síntesis, esboza un balance y pone en orden el conocimiento de manera que la profundidad se logra no en el recuento descriptivo, sino en los descubrimientos polémicos que alimentan esta obra.

El primer descubrimiento que llama la atención es el estudio de la revolución, no como un parteaguas que constituye un mundo aparte sino que se inserta en la larga duración como un momento privilegiado, pero un momento solamente, de un proceso continuo e ininterrumpido. A las tesis clásicas de que la revolución ha creado todo y ha destruido todo el bello edificio construido por la monarquía, Béaur recomienda no seguir esta pista porque se intenta medir las fuerzas de las continuidades que unen al antiguo régimen y el nuevo en el campo agrícola. Pero también a la tesis contraria de que la revolución no adoptó nada nuevo con relación a lo que se dibujaba ya al final del antiguo régimen. Béaur propone defender la idea de que el mundo rural ha cambiado profundamente con la revolución en la mayor parte de sus componentes. La propuesta es en síntesis, la de privilegiar el cambio sin sacrificar las cosas que permanecen y frenan las transformaciones agrarias.

Un segundo descubrimiento es el de la crítica de la tesis clásica de que la burguesía progresa mientras que el campesinado declina en vísperas de la revolución. Béaur, después de mostrar el reparto del suelo que asume seis variantes en el territorio francés, señala la falsedad de la tesis al demostrar que lentamente progresa el campesinado como propietario. Pero el descubrimiento no acaba allí ya que el autor demuestra que la revolución no cambió totalmente las condiciones de circulación de las propiedades. Puso a disposición de compradores, bienes hasta entonces inaccesibles, pero no tan considerables como se pensaba. Unificó los procedimientos de herencia, pero una buena parte ya habían sido repartidos en forma igualitaria y la resistencia en zonas no igualitarias reduce la magnitud de la operación. Exacerba los cambios de propiedad, pero el mercado ya estaba activo antes de la revolución. Exalta la propiedad y contribuye a acrecentar la parte campesina, pero los campesinos ya eran masivamente propietarios antes. Contribuye a la división del terreno, pero Francia ya era un país de pequeños propietarios. Amplifica las tendencias e instaura las condiciones necesarias para que se realicen las potencialidades. Quita las restricciones y cargas que frenaban la circulación y se inscribe como un momento crítico del largo

proceso de transformación de la tierra (p. 62). En suma, el autor despliega con fuerza su idea de que la revolución no es un partaguas sino que se inscribe en un proceso de larga duración.

Un tercer elemento es la importancia de los comunales, que se extendían sobre una superficie entre 12% y 15% del territorio hacia 1750, reduciéndose 10% hacia 1815, y en 1846 según el catastro, cubrían 4.7 millones de hectáreas, es decir, 9% de la superficie total del territorio. ¿A qué se debe esta supervivencia si, según los análisis clásicos de Albert Soboul, los comunales se oponen a la penetración del capitalismo en el campo? Anatoli Ado, en la tesis contraria, señala que los campesinos ven en la división de los comunales una vía francesa al capitalismo, ya que persiguen un objetivo progresista asociado a la pequeña explotación. Pero Béaur otra vez nos señala que el aporte de estos comunales al progreso de la agricultura es magro porque se sitúan en espacios marginales donde los rendimientos son menores como en la montaña, de allí su permanencia.

Pero el autor nos previene para no caer en las abstracciones de un campesinado francés, en realidad existen muchos diferenciados. Por ejemplo, el labrador se diferencia del jornalero por la dimensión de sus explotaciones y por el capital para cultivarlas enteras, y no sólo en parcelas; pero al interior del

grupo de labradores las desigualdades son flagrantes: en el *hinterland* parisino las explotaciones son enormes (de 200 a 300 hectáreas) donde los labradores tienen liquidez, acceso a préstamos, carretas, graneros y granos para vender, en cambio en Picardía las grandes explotaciones no rebasan las 60 hectáreas y en Artois no llegan a la decena. Los medieros, por su parte, tradicionalmente vistos como un antimodelo que no favorece la innovación y el progreso, en el análisis de Béaur se asocian a regiones donde conservan una parte importante de las iniciativas y buscan mejorar la productividad haciendo mejoras que el propietario paga. Aquí, sin duda, el estudio de los contratos agrícolas que Béaur incorpora a su estudio, permite matizar las tesis clásicas y ver el aporte de los medieros que parecen ser una solución para los propietarios que buscan equipararse sin movilizar capital importante, que quieren garantizar las eventualidades de la agricultura y para ello comparten las pérdidas en casos de malas cosechas. Pero, sea cual sea la categoría del campesinado, lo esencial es que en el conjunto la producción de trigo francés es suficiente para abastecerlos de dicho cereal, tanto al principio como al final del siglo.

Si un jornalero en Arles gastaba la mayor parte de su ingreso entre 1750 y 1788 en la compra de pan, y, en Bretaña la distancia entre ricos y pobres se acre-

centó al finalizar el siglo, también existen índices para observar que los niveles de vida no eran tan malos y permitían el abastecimiento de trigo y otras compras. Esto se nota en la presencia de algunos objetos no indispensables en los inventarios como armarios, espejos, tenedores y vasos, que eran raros a principios de siglo y se volvieron comunes en la segunda mitad del mismo, y también en el consumo de vino y carne.

En la base de estos niveles de vida está el hecho innegable de que si no existe una revolución agrícola como la inglesa que aumenta la productividad de las explotaciones, por lo menos hay una estabilidad relativa entre el antiguo régimen y 1820, lo que hace que la producción acompañe el crecimiento de la población (p. 161). En efecto, en Francia, a diferencia de Inglaterra, más que una revolución agrícola encontramos una acumulación de “pequeños progresos”: difusión de la papa y el maíz, expansión de las leguminosas y de los prados artificiales, perfeccionamiento de algunos instrumentos agrícolas, introducción de mejoras en la vinificación o en la conservación de granos. Todo esto constituye la gran victoria del siglo de “atenuar las crisis de subsistencia”, que permiten alimentar a 30 millones de franceses y no a 23, como a principios de siglo. Aquí el autor comienza a contrastar el caso inglés con el francés y este ejercicio llega hasta su conclusión

donde nos muestra, otra vez, que no hay que tomar el modelo inglés como el motor del cambio en el campo europeo, ya que estudios recientes muestran que si bien éste tuvo más éxito económico, en realidad en Francia fue menor el costo social, los campesinos se defendieron mejor de los intentos de expropiación en Francia que en Inglaterra.

Por todo lo anterior, el libro de G. Béaur se convierte en una referencia obligada, tanto para el especialista como para el lector inquieto por trabajos de síntesis que no sólo ordenan el conocimiento y el estado de los descubrimientos y las dudas, sino que alimentan la reflexión y la comparación con otros ámbitos geográficos. En efecto, problemas como los derechos de propiedad, los precios, la productividad y las prácticas colectivas rebasan las fronteras geográficas, y se prestan a una lectura comparativa que puede ser muy estimulante para avanzar en el marco de las encuestas internacionales. De hecho, el autor, además de participar en diversos seminarios y eventos internacionales sobre el problema de la transmisión de las explotaciones en el antiguo régimen francés, ha contribuido a la organización de una serie de acontecimientos comparativos acerca de la producción y la productividad agrícola en el mundo occidental (Madrid, 1998, XII Congreso Internacional de Historia Económica) y

sobre los contratos agrícolas (Caen, 1997).

Algo que se echa de menos para el avance de estas comparaciones es la profundización del tema de las cuestiones medioambientales como factores limitantes de la productividad agraria. En efecto, el autor comenta las ideas de Michel Morineau, quien sitúa al factor meteorológico en el centro de la explicación del funcionamiento de la economía de antiguo régimen en Francia, ya que para él, las fluctuaciones en las cosechas obedecen a las condiciones climáticas. Y luego expone la crítica que hace Jean-Yves Grenier, para quien los accidentes meteorológicos no provocan una caída en la producción. Con esto el autor cierra el problema y con razón, puesto que las condiciones medioambientales no parecen limitar la productividad en los países que estudia, es decir, Francia e Inglaterra. Sin embargo, en el vecino país español el modelo de una agricultura dependiente en extremo de las condiciones medioambientales ha calado hondo entre los historiadores peninsulares.

En efecto, los historiadores españoles agrupados en torno al Seminario de Historia Agraria (SEHA) han descubierto que las razones de los bajos rendimientos en la agricultura deben buscarse, sobre todo, en las limitaciones ambientales a que estaban sometidos los agroecosistemas de la llamada “España

seca”. Sus trabajos han demostrado que la evolución de los cultivos estuvo enmarcada dentro de las posibilidades existentes, en cada momento, de superar los dos factores limitantes característicos de las agriculturas de base energética orgánica: el agua y los nutrientes. El ritmo de dicha evolución estuvo determinado, de manera integrada, tanto por las demandas efectivas del mercado como por las soluciones tecnológicas dadas, en cada momento, a tales limitaciones ambientales. En tanto, el mercado no se convirtió en una forma eficaz de romper el aislamiento de la mayoría de los sistemas agrarios y la circularidad de los flujos de energía y materiales. La distribución y tipos de cultivo estuvieron estrechamente relacionados tanto con las posibilidades del medio como con las necesidades alimentarias de la población y los requerimientos de un mercado de productos muy modesto, de ámbito a lo sumo comarcal. Así, las circunstancias medioambientales de cada ámbito geográfico se constituyen en un obstáculo al desarrollo de tecnologías como la de fertilizantes químicos y semillas mejoradas, y allí se abre una perspectiva comparativa muy interesante que me hubiera gustado ver desarrollada con más detalle en el libro de Béaur, aunque sólo sea para diferenciar el caso francés y el de la Europa atlántica, de las agriculturas con un régimen

pluvial menos bondadoso como España o México.

*Alejandro Tortolero Villaseñor*  
Universidad Autónoma  
Metropolitana Iztapalapa

Gabriela Cano y Georgette José Valenzuela (coords.), *Cuatro estudios de género en el México urbano del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa, 2001, 156 p.

**E**n la definición de las jerarquías sociales, las mujeres nunca han sido sujetos pasivos y, desde luego, los procesos que han establecido territorios y papeles sexuales tampoco han sido lineales, sin tropiezos ni retrocesos. Si las experiencias femeninas habían quedado por largo tiempo fuera de la historia escrita —en razón del lugar tradicionalmente subordinado de las mujeres en la familia, la comunidad y el Estado—, los movimientos feministas han impulsado su recuperación. Hoy los estudios de mujeres y de género se consolidan cada vez más como un campo del conocimiento y, con ellos, las mujeres son cada vez menos *invisibles* para la historia y los procesos de construcción de su lugar en la sociedad son cada vez más inteligibles.

El libro *Cuatro estudios de género en el México urbano del siglo XIX*, coordinado por Gabriela Cano y Georgette José Valenzuela, se inscribe dentro de esta corriente intelectual que rechaza definiciones esenciales de las mujeres para reivindicarlas como construcciones culturales. Participa de un movimiento que ha comenzado a mostrar cómo las definiciones de feminidad, al igual que las de masculinidad, son producto de circunstancias históricas específicas; las cuales también son el resultado de un juego de poder entre mujeres y hombres, de una relación problemática que se construye y reconstruye de manera cotidiana.

Desde esta perspectiva de género, las autoras de los cuatro estudios se interesan por una historia de los procesos que redefinieron los espacios de acción de las mujeres en un periodo de grandes transformaciones: el México del siglo XIX —en especial el del ámbito urbano, donde los cambios políticos, económicos, sociales y culturales fueron particularmente visibles. *Cuatro estudios de género en el México urbano del siglo XIX* logra acercarnos a una variada experiencia femenina en medio de un movimiento modernizador —cuando modernización significaba, precisamente, trastocamiento de valores y modelos tradicionales, redefinición de relaciones—; el libro proporciona ejemplos de